

Literatura y música: un concierto de novela. Reseña

Sánchez Carbó, José

2017

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/4050>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Literatura y música:

UN CONCIERTO DE NOVELA

Reseña del libro *Clowns* de Felipe Ríos Baeza (2016). Puebla, México: Instituto Municipal de Arte y Cultura.

José Sánchez Carbó¹

Las relaciones entre la literatura y la música son ancestrales al punto de que los orígenes de una y otra se confunden, especialmente, cuando nos remitimos al concepto de poesía. Otra manera de pensar esta relación es la presentada por Felipe Ríos Baeza, es decir, la de escribir novelas que representan y expresan la trayectoria de músicos y cuya data no se remonta más allá del siglo XVIII. En este sentido, la provocativa *Clowns*, primera novela que publica Ríos Baeza, se une a un número limitado de obras que, me parece, constituye un horizonte poco abordado en la literatura iberoamericana.

Dentro de este panorama es posible encontrar a músicos o grupos, reales o ficticios o reales ficcionalizados, que asumen un papel protagónico en diversos géneros musicales o canciones que, más que ambientar, son parte significativa de la propia trama. Si hablamos de la música culta, académica o de concierto, en otras palabras, de aquella cuyos rituales implican la formalidad de la etiqueta, la contemplación pasiva, la destreza en la ejecución o los instrumentos acústicos, podemos citar novelas como las *Confesiones de un pianista* (188?), de Justo Sierra; *La creación* (1959), de Agustín Yáñez; *Concierto barroco* (1974), de Alejo Carpentier; *Canto castrato* (1984; 2005), de César Aira; o *El salvaje de la ópera* (1994), de Rubem Fonseca. Estas novelas tienen a personajes de ficción o históricos como es el caso del Vivaldi de Carpentier o del olvidado compositor brasileño Antonio Carlos Gomes en la obra de Fonseca.

Respecto al jazz hay una obra infaltable como *El perseguidor* (1959), Julio Cortázar o *El invierno en Lisboa* (1997), de Antonio Muñoz Molina, con el saxofonista Charlie Parker y el pianista Santiago Biralbo, respectivamente. En el caso de *El perseguidor* la figura del crítico ocupa un lugar importante en la trama pues es el encargado de visibilizar y exponer la genialidad del saxofonista incapaz de explicar su lenguaje musical. En *Clowns*, la figura de Federico Racine, célebre locutor de radio, en una discreta línea hacia el final de la novela es sugerido como el autor de la historia del grupo Artaud, “la banda más influyente del rock chileno de los últimos diez años” (141). Y como suele suceder en muchas ocasiones, los jóvenes integrantes del grupo, desinteresados en la trascendencia, lo mandan soberanamente a la “mierda”.

Sobre la música popular mexicana tenemos dos hilarantes y divertidas historias de una banda de mariachis en el extranjero, como narra Federico Arana en *Yo, mariachi* (1991) y otra de dos compositores de corridos norteros imaginados por Luis Humberto Crosthwaite en *Idos de la mente* (2001). En este tenor cabría incluir a otro compositor de corridos como el “poeta” que

¹ José Sánchez Carbó. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros de cuentos *El maldito amor de mi abuelita* (2000 y 2003), *En realidad no es una historia de amor* (2005), *La reunión de los patéticos* (2010) y *Con las costillas intactas* (2012); así como el libro *La unidad y la diversidad. Teoría e historia de las colecciones de relatos integrados* (2012) y ha coordinado el volumen *Narrativa vitral contemporánea* (2015). Ha sido colaborador en diversas revistas y suplementos literarios; y publicado en varias antologías de cuento y crítica literaria en México, Colombia, Brasil y Estados Unidos. Ha sido becario del FONCA-Secretaría de Cultura de Puebla (2002) y del CONACyT para estudios de doctorado en el extranjero (2004-2008). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Actualmente coordina la Licenciatura en Literatura y Filosofía y la Maestría en Letras Iberoamericanas en la Universidad Iberoamericana Puebla.





Fotografía: Intervención sobre original de freepik

trabaja para el rey, el jefe de una banda de narcotraficantes, en los *Trabajos del reino* (2004), de Yuri Herrera. En el ámbito de la sabrosa música latinoamericana tenemos a *Los reyes del mambo tocan canciones de amor* (1989), de Oscar Hijuelos; *Ella cantaba boleros* (1966), de Guillermo Cabrera Infante; y *El cantor de Tango* (2004), de Tomás Eloy Martínez.

Para terminar esta compilación que despertó *Clowns*, resta mencionar unas cuantas novelas que tienen a rockeros como protagonistas: *Las jiras* (1973), de Federico Arana; *Pasto verde* (1968), de Parménides García Saldaña; *Polvos de la urbe* (1987), de Víctor Roura; y *Broadway express* (2011), de Iván Ríos Gascón. Seguramente esta nómina de novelas, incitada por la lectura de *Clowns*, puede ampliarse para analizar el imaginario que construyen los escritores sobre los músicos, la creación y el campo musical. Pero este repertorio será para otro concierto.

La encrucijada en la que confluyen la novela y la música y el rock es multifacética. Fernando Navarro, crítico musical de *El País*, los resume en tres ámbitos: los escritores y los íconos, los escritores y las canciones, y la música y las emociones. En el primer caso se ha publicado una cantidad modesta de biografías noveladas en las que un escritor o un crítico musical ensaya contar literariamente la vida de un músico por el que ha sentido fascinación. En esta línea son recurrentes casos en los que, más que una idolatría apologética, la licencia literaria resulta un pretexto para ahondar en la complejidad de la personalidad del músico y sus relaciones con el mundo que lo rodeó, lo ignoró, lo encumbró y/o lo sepultó.

En el segundo y tercer aspecto, la música o los músicos han servido de inspiración para escribir novelas en las que el proceso de creación o las canciones juegan un papel preponderante para definir personalidades o para acentuar ciertas circunstancias y experiencias vividas por los personajes. Las referencias desde esta perspectiva podrían ser Nick Hornby, Jack Kerouac, Haruki Murakami (*Tokyo Blues*), Beat Easton Ellis (*Psicópata Americano*) o Julio Cortázar en las sesiones del Club de la Serpiente o el colombiano Andrés Caicedo con la salsa en ¡Que viva la música! Bueno aquí ya tenemos otro repertorio que puede afinarse, pero para otra tocada.



En *Clowns* estas tres manifestaciones confluyen. Es de destacar la capacidad que tiene Felipe Ríos Baeza para convocar, citar y relacionar en sus pláticas, en sus textos académicos y en sus clases, una variedad de nombres, situaciones, hechos históricos, leyendas urbanas y tópicos de la música y la literatura, por supuesto, pero también referencias de la cultura popular o la contracultura que en su novela sirven para definir los intereses y las personalidades de los tres integrantes del grupo chileno Artaud: el vocalista y guitarrista, Jano; la bajista y letrista, Mona; y el baterista, Blas. Los tres jóvenes sueñan, leen, admiran o buscan a Syd Barret, Kurt Cobain, Janis Joplin, Mick Jagger, Antonin Artaud, Charles Bukowsky, Aleister Crowley, Anton Lavey y un largo y desafiante etcétera que a veces obliga a consultar la red.

De la cantidad ingente de nombres citados resaltan los de Syd Barret, el escritor Antonin Artaud y de excéntricos como Aleister Crowley y Anton Lavey. Syd Barret, al abandonar *Pink Floyd* a finales de los sesenta e incursionar como solista con dos discos, por sus problemas con las drogas decidió internarse voluntariamente en un asilo para enfermos mentales, y luego en la casa de sus padres, para olvidarse de todo lo que representaba en la historia del rock. Artaud, por su parte, vivió varios años en manicomios sometido a duras sesiones de electrochoques que fueron minando su salud física y mental. En cuanto a Crowley y Lavey, no sé con certeza si estuvieron internados en alguna institución de salud mental, pero, recurriendo a Foucault, puede deducirse que su discurso ha sido excluido a través de procedimientos

como la prohibición, la descalificación racional y la negación de verdad, por lo que han sido desacreditados como tabú, locura y falsedad. No obstante, sus seguidores pronuncian sus palabras como portadoras de verdades ocultas para ritualizarlas.

Como se habrá visto, estas cuatro figuras de la música, la literatura y el ocultismo, ligadas a la creación límite entre la genialidad, la locura o la mera provocación, enriquecen los perfiles de los personajes y alimentan la trama planteada por Felipe Ríos Baeza porque coinciden en materializar comportamientos y prácticas tipificadas como anormales, insanas y hasta peligrosas.

En este ámbito, *Clowns* escenifica las adversidades y los éxitos de un grupo de rock para ahondar en la relación arte-locura. En cuanto a la forma recurre a las convenciones del realismo creando un mundo verosímil alimentado con referentes reales espaciales, temporales e históricos. Las estrategias narrativas en la primera parte de la novela van desde el diario, el famoso vertedero que escribe Mona, el diálogo, la descripción objetiva hasta el uso del narrador omnisciente. Aunque hacia el final de esta primera parte, en el capítulo 5, la estabilidad a la que el lector se había habituado se trastoca cuando se enfrenta a estrategias complejas como la multiplicidad casi simultánea de perspectivas de narradores y situaciones cada vez más alejadas del orden racional y más cercanas a lo irracional, lo alucinante o lo demencial. De ahí que *Clowns*, en la primera parte, cumple con el objetivo de representar lo racional y, en la segunda, expresa



Fotografía: freepik

lo emocional e instintivo. Cuando recurre a estrategias que de primera impresión descolocan al lector al punto de hacerlo volver a leer el mismo fragmento o página, lo hace para resaltar ese perturbador rumbo que empieza a tomar la historia de la novela y la historia de la banda, justo cuando sus integrantes se encuentran en el punto más alto de su carrera musical, con un disco multiventas que los ha llevado a ser reconocidos como los músicos de rock más influyentes de los últimos diez años en Chile, cuando están a unas cuantas horas de iniciar su concierto en el emblemático Estadio Nacional, antiguo templo de represión pinochetista y actual catedral cultural del Chile del siglo XXI. Esta es la meteórica carrera de Artaud que “comenzó en un garaje [...] tocando temas punk y new wave. [Y] Sus influencias eran The Cure, Smashing Pumpkins y hasta The Ramones” (84-85).

Los tres integrantes tienen diferentes niveles de locura. Jano, el guitarrista, está obstinado por alcanzar el sueño de convertirse en estrella del rock. Este empeño lo lleva a desestimar opiniones adversas a su música. Es un pésimo letrista que encuentra en los diarios de su novia las frases que convertirá en canciones. El éxito lo convierte en una versión distorsionada de sí mismo y en un fanático de espectáculos sadomasoquistas, del látex y la violencia. Blas, el baterista, estudiante de periodismo, es un adicto a la pornografía que en una parte alucinante de la novela entabla una discusión con las mujeres de las portadas de su colección de dvd's pornográficos. Mona, la bajista, es sin duda uno de los personajes más atrac-

tivos y entrañables en *Clowns*. Ella es consumidora habitual, por prescripción médica, de pastillas. Escribe un diario que llama “vertedero” y que además de serle útil al torpe del novio, es una parte esencial para el desarrollo de la historia narrada. A Mona, en otra escena delirante, le piden que trague varias pastillas de colores. Estas tres personalidades al final del concierto consagratorio se verán envueltas en un “sainete”, así dice el narrador, con consecuencias insospechadas para el lector.

Para terminar, sólo quiero destacar que otro acierto de la novela de Felipe Ríos es el de contar buena parte de su novela a través de Mona porque el papel que desempeña le sirve al autor para equalizar su entusiasmo por la música y para resaltar su vena creativa. Me parece que sin este personaje la historia se quedaría sencillamente en otra historia ordinaria de una banda de rock chileno, pero la presencia y visión de las cosas del mundo de Mona le dan mayor hondura. Mona es una escéptica del mundo, de la música y de los sueños de su novio, no obstante, decide ser cómplice de él en esta aventura. Es crítica de muchas de las posturas que asumen las personas inmersas en el ambiente musical. Es talentosa y posee una sensibilidad sin par entre sus compañeros del grupo. No es una virtuosa, pero sus letras, que no firma, son la clave del éxito del grupo.

Bibliografía

Ríos Baeza, F. (2016). *Clowns*. Puebla: Instituto Municipal de Arte y Cultura.